

# LAS FORMAS COMPLEJAS DEL TIEMPO EN LA MODERNIDAD<sup>1</sup>

**Josetxo Beriain**

*Ahora todo es ultra: riqueza y rapidez son eso que  
maravilla y mueve el mundo*

**Johan Wolfgang Goethe**

*El ser-ahí que cuenta, calcula y mide el tiempo, que  
vive con el reloj en la mano, ese ser-ahí proclama:  
no tengo tiempo*

**Martín Heidegger**

*No tenemos tiempo a pesar de que lo ganamos en  
abundancia (a través de la aceleración social)*

**Harmut Rosa**

*Voy a poner punto final a mi vida. Debiera ir a París  
y saltar de la Torre de Eiffel. Moriré. Sabes, de  
hecho, si tomo el Concorde, podría estar muerto tres  
horas antes, lo cual sería perfecto. Oh, espera! Con  
el cambio horario podría estar vivo seis horas en  
Nueva York pero tres horas muerto en París. Podría  
hacerlo y podría también estar muerto.*

**Woody Allen**

## **Resumen**

Este trabajo analiza las formas modernas del tiempo, es decir, el conjunto de ritmos temporales que estructuran la vida en las sociedades modernas avanzadas. En la base de todas ellas inhabita un “mito-motor” llamado aceleración social y una gran consecuencia: la “tiranía” del momento presente.

**Palabras clave:** Aceleración, comprensión, desregulación, individualización del tiempo.

<sup>1</sup> Agradezco la invitación a participar en este monográfico de *Acta Sociológica* a Guadalupe Valencia, en cuyo trabajo: *Entre cronos y kairós. Las formas del tiempo sociohistórico*, Anthropos, Barcelona, 2007, adelanté, a manera de prólogo, algunas de las reflexiones que aquí analizo con más detenimiento, documentándolas con datos empíricos que sirven para contrastar los supuestos de partida.

## Abstract

This work analyzes time modern forms, that is to say, the temporary rhythm groups structuring life in advanced modern societies. At the root of all of them inhabits a “motor myth” called social acceleration and a great consequence: a present moment “tyranny”.

**Key words:** Acceleration, comprehension, deregulation, time isolation.

*E*n la base de cada temporalidad social está no un transcurso astronómico utilizado como cómputo de medida de la duración ni siquiera el movimiento analógico o digital de los números-marcas en un reloj sino más bien una *interacción social* y, en definitiva, una trama de significaciones, unos símbolos, unos valores, que operan como *marcos interpretativos* que configuran el *ritmo* de la vida social, el *sentido* de las diferentes duraciones, la *creatividad* inscrita en tales duraciones.<sup>2</sup> Podemos decir, de forma metafórica, que *el tiempo habla, pero con distintos acentos*,<sup>3</sup> cada cultura tiene su propio conjunto de huellas temporales, conocer a un colectivo significa conocer las estructuras temporales que pautan sus ritmos de vida.

Expresar la naturaleza del tiempo de la sociedad y de manera coextensiva del tiempo de la sociedad moderna requiere referirnos inevitablemente a la naturaleza del ritmo pautado<sup>4</sup> del conjunto de actividades sociales que realizan los individuos en la vida social. No todas las actividades son las mismas, unas son religiosas y otras profanas –la mayoría en nuestras sociedades–, unas son pacíficas y otras violentas, unas son solidarias y otras competitivas, unas son amorosas y otras de odio, unas son de trabajo asalariado y otras lo son de ocio, etc. El común denominador de todas estas interacciones sociales es su alternancia, es decir, podríamos hablar de una

<sup>2</sup> J. Azcona ha sonsacado cómo, en la obra de J. Caro Baroja, existe una importante implicación mutua entre el mundo instituido de significado de una cultura y el tiempo. Ver su importante artículo: “Sobre el tiempo” en *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, núm. 54, 1989, p. 313 y ss.

<sup>3</sup> Levine, R., en su interesante trabajo: *A Geography of Time*, Nueva York, 1997, XI, ha estudiado los valores culturales que impregnan las estructuras temporales de distintas sociedades.

<sup>4</sup> Durkheim, E., en *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, 1982, p. 9, es quien primero capta esta idea con agudeza.

continuidad de contrastes alternos,<sup>5</sup> de un cierto espaciamiento del tiempo al hacer imposible la simultaneidad absoluta de todo lo que ocurre a la manera de un meta observador sagrado o del *aleph* borgesiano que observan o bien sus propias creaciones o las ajenas, así se suceden los días sagrados tras los profanos en la semana judeocristiana así como el conjunto de actividades descritas.

Nuestra vida en todos sus órdenes depende del ritmo de elevación y descenso..., del cambio del día y la noche... El ritmo de la vida social satisface (a juicio de George Simmel), al mismo tiempo, las necesidades básicas de multiplicidad y proporcionalidad, de cambio y estabilidad, por cuanto que cada período está compuesto, para sí, de elementos, de elevación y depresión, de disparidades cualitativo o cuantitativas y, en cambio, la repetición regular de los mismos procura la tranquilidad, la uniformidad, la unidad en el carácter de los órdenes. Los órdenes vitales individuales y sociales, objetivos e históricos, encuentran su ejemplo esquemático abstracto en la simplicidad o la complicación del ritmo, en la longitud o brevedad de sus períodos aislados y en sus regularidades, interrupciones e, incluso, en su inexistencia.<sup>6</sup>

Sin embargo, el desencadenamiento tardomoderno de esa fuerza prométeica y faústica que es la aceleración social produce un nuevo tiempo social, podemos decir, un contra-tiempo,<sup>7</sup> una quiebra del ritmo, una arritmia, una continuidad ininterrumpida, que a través del incremento exponencial de la velocidad pretende que el presente se transforme en eternidad.

Como Simmel en su famoso trabajo: *Las grandes ciudades y la vida del espíritu* que data de 1903, describe las notas características del estilo de vida urbana, voy a abordar las formas de las diferentes culturas del tiempo que coexisten dentro de las sociedades modernas avanzadas. La aceleración es el movimiento temporal predominante hoy en día, pero no es el único. Efectivamente, la *aceleración* está

<sup>5</sup> A la intuición durkheimiana habría que sumar las importantes investigaciones en esta línea de Leach E. R., "Two Essays Concerning the Symbolic Representation of Time" en *Rethinking Anthropology*, Londres, 1961, p. 126; Zerubavel E., *The Seven-day Circle*, Nueva York, 1985, p.117; Luhmann N., *Soziale Systeme*, Frankfurt, 1984, p. 77 y Valencia G., *Entre cronos y kairós. Las formas del tiempo sociohistórico*, Anthropos, Barcelona, 2007.

<sup>6</sup> Simmel, G., *Filosofía del dinero*, Madrid, 1977, pp. 613-614.

<sup>7</sup> Ver al respecto el trabajo de Lasén A., *A contratiempo*, Madrid, 2000.

omnipresente en los mundos del trabajo y del consumo, pero también lo está en el mundo de la vida cotidiana, proyectando en todos ellos su *imperativo dromológico*<sup>8</sup> (de carrera, en los términos de Virilio): hacer el máximo posible de cosas en el menor tiempo posible, ahorrar tiempo, ir más rápido, vivir más, acostumbrarse al incremento sin fin de la velocidad del ritmo de la vida social.

## 1. Aceleración

El conjunto de actividades pautadas, pausadas precariamente, los usos del tiempo, ofrecen un singular perfil en la sociedad moderna, ya que se contraen a través de la aceleración, como pone de manifiesto James Gleick en un trabajo de 1999, a la manera de un “ritmo” cuya premisa no es otra que “la *aceleración* de casi todo en la vida”: el amor, el lenguaje, la política, el trabajo, la *tv*, el ocio, etc.<sup>9</sup> Emulando el título de un libro de Emile Durkheim<sup>10</sup> podríamos decir que la aceleración es la forma elemental de las estructuras temporales de las sociedades modernas. Según Reinhart Koselleck, el sentido general de una “aceleración” ha acompañado a la sociedad moderna al menos desde la mitad del siglo XVIII<sup>11</sup> y se manifiesta en la velocidad aplastante de los ritmos de la sociedad moderna. Con los nuevos “aceleradores” del tiempo, socialmente creados, se configura un nuevo tipo de temporalidad histórica en donde el topos finalista de la concepción apocalíptica cristiana, como el Juicio Final, la Gran Crisis final, es secularizado en acontecimientos apropiadores como son las grandes revoluciones político-sociales americana, inglesa y francesa, y, coextensivamente, las posteriores revoluciones rusa y china.

Los eventos de 1789 pretendían ser una revuelta contra el sometimiento, es decir, contra la coerción a la inmovilidad

<sup>8</sup> Virilio, P., *Speed and Politics: An Essay on Dromology*, Nueva York, (1977), 1986.

<sup>9</sup> Gleick, J., *Faster. The Acceleration of Just About Everything*, Nueva York, 1999.

<sup>10</sup> Me refiero a su último libro: *Las formas elementales de la vida religiosa*, publicado por primera vez en 1912.

<sup>11</sup> Koselleck, R., “Gibt es eine Beschleunigung der Geschichte? Zeitverkürzung und Beschleunigung” en *Zeitschichten*, Frankfurt, 2000, pp. 150-177.

simbolizada por la servidumbre feudal (que persisten en muchos regímenes), una revuelta contra el confinamiento arbitrario y la obligación de residir en un lugar. Pero, nadie pudo sospechar que “la conquista de la libertad de ir y venir”, tan grata a Montaigne, podría, con maña, convertirse en una obligación de movilidad.<sup>12</sup>

Tales acontecimientos apropiadores suponen una aceleración histórico social objetivada en ese “traer el reino de Dios a la tierra”, no ya dependiendo de la providencia divina sino induciendo un cambio social intra-mundano acelerado de las formas de pensar, de actuar y de ser. Aspectos constitutivos del proceso de modernización de las sociedades, algo evidente a partir del siglo XVIII, como la individualización de los estilos de vida, la racionalización de la cultura, la diferenciación funcional de las tareas y ocupaciones y la domesticación instrumental de la naturaleza, no se pueden entender sin un cambio fundamental en las estructuras del tiempo que rigen los diversos ritmos sociales. Nuestra pregunta se dirige a interrogar por las características de esa “*aceleración social*” que penetra todos los usos del tiempo modernos. ¿Se refiere a una aceleración *de* la sociedad misma o representa más bien procesos de aceleración *dentro de* una sociedad estática? ¿En que sentido podemos hablar de aceleración social en singular —“hiper-aceleración”, “turbo-capitalismo”, “revolución digital de la velocidad”— cuando todo lo que vemos son una serie de procesos probablemente desconectados de aceleración en el deporte, en la moda, en la edición de *dvds.*, en el transporte, en la sucesión de trabajos, etc.? ¿Es esta aceleración algo inequívocamente positivo para el conjunto de la sociedad o genera efectos colaterales no deseados como los así llamados “final de la historia”, “clausura del futuro” o la vuelta de la muy weberiana “jaula de hierro”?

Resulta obvio que, contrariamente a la observación anterior de Gleick de que “la aceleración está a la base de casi todo en la vida”, no existe un modelo único, universal, que acelere *todo*, a la manera de las intervenciones de Dios en el mundo. Al contrario, muchas cosas reducen su velocidad, como el tráfico en los atascos en la carretera o las personas que en tránsito esperan horas y horas en los aeropuertos, no obstante, aún existiendo importantes “islas de des-aceleración” dentro de las sociedades modernas, resulta predominante la presencia de una lógica de aceleración social que

<sup>12</sup> Virilio, P., *Speed and Politics*, Nueva York, 1986, pp. 29-30.

impregna una gran parte de los sistemas sociales. Los atletas parecen correr y nadar más y más rápido, aunque en algunos de sus récords intervengan los efectos multiplicadores, “aceleradores” de sustancias prohibidas que incrementan eventualmente el rendimiento físico y mental. Los ordenadores procesan cada más rápido la información y almacenan cantidades mucho mayores de información. El transporte y la comunicación precisan sólo de una fracción del tiempo empleado hace un siglo. La gente parece dormir menos y menos tiempo (de hecho, algunos científicos han encontrado que el tiempo medio dedicado a dormir se ha reducido en dos horas desde el siglo XIX y en 30 minutos desde la década de 1970)<sup>13</sup>. Incluso, nuestros vecinos parecen moverse dentro y fuera de sus hogares con mucha mayor frecuencia, como con gran acierto lo ponía de manifiesto George Simmel en 1900 en su *Filosofía del dinero*, en el capítulo final dedicado al “Estilo de vida (moderno)” así como con la idea de “acrecentamiento de la vida nerviosa”, algo propio de las grandes urbes modernas.<sup>14</sup> Esta aceleración nerviosa no está exenta del uso de “aceleradores” psicotrópicos, con nombres tan inequívocos como el de *speed*, que aumentan las capacidades humanas: pensar más rápido, actuar más rápido, vivir más rápido, aunque los efectos colaterales son devastadores.

Esto se manifiesta en las culturas de la comida regional y nacional. Estas experimentan un cierto retroceso frente a la implantación de formas de cocinar y de comer que demandan poco tiempo. La *fast food* penetra, con consecuencias desastrosas para la salud, en el *santa sanctorum*, en el gran rito de paso —el sentarse a comer—, que ha servido tradicionalmente para pautar la vida social, dándole un ritmo, una alternación entre el tiempo del trabajo y el tiempo libre. A través de la aceleración se cambia el carácter social de la comida en común, la aceleración mantiene prioritariamente la función de alimentación, de ingesta, de hidratos de carbono, proteínas y lípidos, sin embargo, la comida queda despojada de su función social de encuentro. La espera en común de todo el conjunto de la familia, por ejemplo, en *Macdonalds*, se diluye, como afirma Karlheinz Geissler: “las comidas de tipo *fast food* y los *parties* son acontecimientos sin rito de paso”,<sup>15</sup> sin socialidad religadora, que

<sup>13</sup> Garhammer, M., *Wie Europäer ihre Zeit nutzen. Zeitstrukturen und Zeitkulturen im Zeichen der Globalisierung*, Berlín, 1999, p. 378.

<sup>14</sup> Simmel, G., “Las grandes urbes y la vida del espíritu” en *El individuo y la libertad*, Barcelona, (1903), 1986, pp. 247-248.

<sup>15</sup> Geissler, K., *Zeit, Weinheim und Berlin*, Berlín, 1996, p. 146.

junta a la gente en torno a la comida. En su afán de ahorro de tiempo resulta curioso observar cómo el orden de una comida tradicional, de ritmo diacrónico, en los términos de Lévi-Strauss, con varios platos –ensalada, primer plato (legumbres o pasta), segundo plato (carne, aves o pescado) y postre (frutas o yogures)–, en donde puedes diferenciar los gustos y fomentar una cierta cultura del paladar, se ve sustituido por el ritmo sincrónico comprimido de la *fast food* en donde sólo comparece un gran plato donde están co-presentes, reunidos y en buena medida mezclados, todos los alimentos antes mencionados con arreglo a la premisa que ya conocemos: todo simultáneamente y al instante.

La “locura de la rapidez” también se pone de manifiesto en el deporte profesional. Rudolf Wendorff observa una transición de la “inocencia del tiempo placentero”, que supone realizar una práctica deportiva no para batir un récord sino por gusto, escuchando música, a la locura de los esfuerzos sobrehumanos exigidos a los deportistas a los que se les “implanta” en la psique una premisa: la “velocidad absoluta”<sup>16</sup> medida con el objeto de ser constantemente superada. El deportista profesional vive “contra reloj”, vive sometido a esa tiranía de la mínima expresión temporal, el punto, que no es sino el preludio de otro punto que lleva a otro y así sucesivamente en una carrera loca sin fin, cuya única pretensión es acortar tiempo, reducir tiempo, ganar la marca y con ella el estatus de celebridad. Es interesante observar cómo algunas formas artísticas de hacer deporte, a través de la aceleración, han perdido sus propiedades de juego bello ante la presión del fútbol-resultado o del fútbol-beneficio. El fútbol que se juega hoy, más rápido, más veloz, basado en la fuerza y la velocidad, tiene que ver mucho con la presión del dinero y de la clasificación, frente al fútbol-estética que se jugaba en los años setenta del pasado siglo, más centrado en el espectáculo que proporciona la combinación de habilidades técnicas y la creatividad artística. El ciclismo profesional se ha derrumbado, recordemos las últimas ediciones del Tour de France, del Giro de Italia y de La Vuelta a España, los ganadores han perdido sus títulos debido al consumo de sustancias “prohibidas” destinadas a incrementar el rendimiento físico en condiciones de máxima exigencia, con lo que la propia imagen de ganadores previos queda, de alguna manera, también bajo sospecha. En el atletismo ocurre lo mismo. La presión del virus de la aceleración social es tan grande que rompe los límites entre lo que se considera normal –“aceleradores”, incrementadores de

<sup>16</sup> Wendorff, R., *Der Mensch und die Zeit*, Opladen, 1988, p. 139.

potencia física sin efectos colaterales no deseados— y lo que se considera prohibido —“aceleradores”, incrementadores de potencia física que producen mayores rendimientos físicos pero producen asimismo anomalías patológicas en el organismo—, creando de esta guisa una enorme zona gris en donde el deportista de elite se convierte en el chivo expiatorio de una caza de brujas en donde sufre las acometidas proporcionales del diablo de la velocidad y del Dios de la salud.

En el mundo del cine y de la *tv*, la aceleración está omnipresente. El *tempo* rapidísimo impregna el género de los *Action-films*, predominantes en toda la oferta de cine como de *tv*. La presión por la instantaneidad, la inmediatez, el impacto y la sensación sustituye al estilo de la lentitud, como ocurre en las películas de Alfred Hitchcock en donde el suspense precisa de tiempo para construirse como tal y para llegar al desenlace final. Recordemos la parsimonia con que Cary Grant, en *Sospecha*, sube la escalera con un vaso de leche, posiblemente envenenado, en un momento que se convierte en eternidad. Hoy día, el efectismo técnico que prescinde del actor se ha adueñado de la conciencia del espectador. Frente al horror y al terror sublimados de cualquier “narración extraordinaria” de Edgard Allan Poe, filmes como *Poltergeist*, las series de *Halloween* o *Viernes 13*, ponen el horror y el terror *ad oculos*. Los jóvenes actuales leen menos (que los jóvenes de generaciones previas) y crecen más en la fluidez del mundo de las imágenes, aducen que se aburren con los libros y que disfrutan con las imágenes, sobre todo aquellas que exaltan las sensaciones, se quejan del lenguaje cansino del profesor que no recurre a hacerles más fácil la tarea recurriendo a los juegos en el ordenador. El desarrollo del pensamiento cuesta tiempo y éste es muy caro en las franjas de tiempo televisivas que buscan maximizar cuota de telespectadores, el famoso *prime time*. La aceleración en la *tv* no se preocupa tanto por los efectos relacionados con la calidad, con la formación, con la *Bildung*, sino que está más preocupada con la opinión pública y con las cuotas de audiencia.<sup>17</sup>

Tanto en el trabajo como en el tiempo libre, la productividad de la lentitud no goza de demasiada estima, “vivimos en una franja de tiempo de dos horas, a partir de ahí debemos experimentar algo *nuevo*”,<sup>18</sup> dos horas es el máximo que aguantamos haciendo lo

<sup>17</sup> Ver el trabajo de P. Bourdieu al respecto: *On Television*, Nueva York, 1998.

<sup>18</sup> Opaschowski, H., *Deutschland 2010*, Hamburg, 1997, p. 73. Énfasis añadido por el autor.



mismo, a partir de ahí surge la incomodidad de lo mismo y la necesidad de cambiar, sin ser conscientes de que caemos en esa dialéctica de lo nuevo y siempre lo mismo. Tanto pensamos en el tiempo de trabajo (y sólo subsidiariamente en el tiempo libre) que esos restos de tiempo (casi tan grandes como los propios espacios de tiempo de trabajo) que siempre quedan entre tiempos de trabajo, no forman parte de las actividades sociales. Sirva como ejemplo algo que me sucedió hace seis años y que puede ayudar a entender esto: en un área de descanso de la autopista, cerca de Long Beach, California, un conductor me comentó que el utilizaba diariamente la autopista que une San Diego y Los Angeles para acudir al trabajo, se levantaba a las 4:30 de la madrugada para evitar las horas punta y recorría 100 km. de autopista, más o menos despejada de tráfico, en 1 hora aproximadamente, llegando a las 5:30 de la mañana al centro de Los Angeles. Durante dos horas descansaba en el *parking* de su corporación, se afeitaba, desayunaba y a las 8:30 entraba a trabajar, salía a las 15:00 y no regresaba a su casa (a 100 km de Los Angeles) hasta las 21:00, a fin de evitar las colas de vuelta. Durante cinco días a la semana repetía la misma operación y el fin de semana gozaba de un chalé de su propiedad con piscina en una zona residencial.

Simmel sitúa a la Bolsa como el centro y símbolo de la fluidez de la cultura del dinero y nosotros bien podemos situar al corredor de Bolsa como el prototipo de un estilo de vida acelerado. Está hasta cien horas a la semana trabajando, permanece hasta media noche en la oficina y está conectado permanentemente a la red, con el móvil conectado asimismo y pendiente del reloj para no perder oportunidades de negocio, podíamos decir que está siempre en *stand by*. Para estas personas que padecen la enfermedad de la prisa, el tiempo se convierte también en un símbolo de estatus, cuanto menos tiempo, más prestigio,<sup>19</sup> cuanto más tiempo tienes en tus manos, menos importante debes de ser. ¡La persona que no tiene tiempo! ¡La más importante! Para estos individuos una cosa es donar diez millones a la caridad, pero, otra muy distinta ponerse al teléfono diez segundos ante la llamada de alguien que le hace “perder el tiempo”.<sup>20</sup> Hay una serie de regularidades sociológicas que conviene

<sup>19</sup> Gleick, J., *Faster. The Acceleration of Just About Everything*, Nueva York, 1999, p. 155.

<sup>20</sup> Hay un filme maravilloso codirigido por Ernst Lubitsch en 1932: *If I Had a Million*, en donde se critica esta carrera de ratas que procede de la perversa

tener en cuenta: aunque parezca contradictorio, cuanto más rico es uno, menos tiempo tiene, cuanto más desarrollado es un país, menos tiempo libre tiene y las culturas individualistas se mueven más rápido que aquellas que enfatizan el colectivismo.<sup>21</sup> Un trabajo como el del corredor de Bolsa acelera y funcionaliza, como vemos, las actividades cotidianas:

Y si no estuvieran trabajando permanecen conectados –desayunan con el poder, ejercitan el poder, están casados con el poder...–. Cocinar para ellos es reemplazado por las comidas congeladas de *gourmet* de las tiendas más selectas de *delicatessen*.<sup>22</sup>

No es casual que la cultura del *Fitness* tenga sus raíces en las elites norteamericanas del sector servicios. No es de extrañar que cuando, la presión sobre la profesión, la vida cotidiana y el tiempo libre, persisten machaconamente y además el hombre se convierte tanto en la posibilidad como en la dificultad, florezca una cultura del *souci de soi*, la psicocultura y la cultura *Fitness*, que luego se generalizarán “hacia abajo”<sup>23</sup> convirtiéndose en el *Jogging* y en el *Fitness training*, convertidos ya hoy en deportes populares.

## 2. Compresión

Pero no todo es aceleración en cuanto tal. Al lado de la aceleración coexisten otros ritmos temporales como la *concentración*, la

asociación entre escasez de tiempo, negocio y estatus. En este divertido e interesante filme, recreado en el clima social anómico de la era de la Depresión de los 30 en Estados Unidos, un arisco y enfermizo ricachón, completamente insatisfecho con su avariciosa familia así como con sus socios en el negocio, decide elegir al azar ocho nombres de la guía telefónica y entregarles un millón de dólares a cada uno de ellos. Frente a la aceleración que ha caracterizado a su vida como capitán de industria dedicado a gestionar su negocio con arreglo a la premisa: “el tiempo es dinero”, súbitamente decide “des-acelerar” y poner en cuestión el tiempo, el estatus y la riqueza.

<sup>21</sup> Levine Robert, *A Geography of Time*, Nueva York, 1997, pp. 9-25. Ha estudiado estos fenómenos temporales.

<sup>22</sup> Schor, Juliet B., *The Overworked American. The Unexpected Decline of Leisure*, Nueva York, 1991, p. 18.

<sup>23</sup> G. Simmel explica cómo el estilo de vida surge en los estratos altos y se generaliza “hacia abajo”, por imitación, dándole cada estrato sus propias señas de identidad. Ver su trabajo: “La moda” en *La aventura*, Barcelona, 1988, p. 31.

*compresión*, la *contracción* de las actividades realizadas en un determinado espacio de tiempo. Es algo que se origina en la sociedad industrial y que multiplica su presencia en las sociedades actuales. Si lo que caracteriza al bienestar es siempre una cierta pausa<sup>24</sup> entre actividades que nos permita desconectar del ritmo acelerado del trabajo industrial, la sociedad europea actual (y coextensivamente las de todos los países desarrollados) tiene un importante déficit en este sentido. ¿Por qué se sigue sintiendo la gente en su lugar de trabajo hoy presionada por el trabajo intensivo? Ya Marx en 1867 en el primer volumen de *El capital*, nos avisa de que algunas de las estrategias del capital pasan por aumentar la intensidad del proceso de trabajo, disminuyendo simultáneamente el tiempo de la jornada de trabajo.<sup>25</sup> Las compensaciones, como vacaciones pagadas, salarios más altos, semanas laborales más cortas, retiro temprano, a menudo, como observó Marx hace ya mucho tiempo, son recuperadas por el capital bajo la forma de una intensidad y velocidad aún mayores en el trabajo. Manfred Garhammer afirma, basándose en un estudio realizado en 1996 sobre las condiciones de trabajo en Europa, que uno de cada dos *blue collar worker* en la industria europea es determinado por el “ritmo de la máquina” y el *tempo* del trabajo esta determinado a pesar de o contra del vendedor del fuerza de trabajo. A pesar de los esfuerzos realizados por el toyotismo en orden a desregular los rígidos ritmos de trabajo establecidos por el taylorismo, sin embargo, en 1991 otro informe detalla como un 48% de los asalariados se siente realizando tareas del tipo *high speed work*, mientras que cinco años más tarde el porcentaje se eleva al 54%.<sup>26</sup> Una de las causas principales del *stress* es el trabajo por encargo y la presión de los plazos de entrega. En 1991 el 50% de los asalariados europeos padecían esta situación, en 1996 el porcentaje era del 56%. Una proporción creciente del sector servicios ha visto generalizado este movimiento temporal, con una tendencia a acortar los espacios de tiempo dedicados a descansos, pausas y periodos de transición entre tiempos de trabajo remunerado. En el sector industrial este tiempo se acorta, se comprime, todavía más debido a la aceleración del ciclo de los productos, cada vez más cortos. ¿Cuánto tiempo dura un modelo de ordenador, de coche,

<sup>24</sup> Ver el interesante trabajo de Geissler K.A., *Alles. Gleichzeitig. Und zwar Sofort*, Freiburg, 2005, p. 110 y ss.

<sup>25</sup> Marx, K., (1867), *El Capital*, vol. 1, México, 1976, p. 443 y ss.

<sup>26</sup> Garhammer, M., *Wie die Europäer ihre Zeit Nutzen*, Berlín, 2001, p. 470.

en el mercado? Cada vez, muchísimo menos tiempo. Asistimos a una generalización del trabajo intensivo en toda Europa también debido a la globalización, a la inversión de *global players* como Volkswagen, Ford, GM, etc., que en muchos casos obligan a redefinir y renunciar a conquistas sociales -más tiempo libre pagado para el trabajador- del Estado Social de Bienestar. Recordemos en este mismo sentido la conocida broma de la Unión Soviética: ¡*Duerme más rápido, camarada!*, que pretendía incentivar un “nuevo” estilo de vida, el del industrialismo socialista o esta otra que procede de un contexto completamente distinto, el de la hipermoderna sociedad de consumo de masas descrito en el filme de Doug Liman, *Mr. and Mrs. Smith*, donde el actor Brad Pitt le dice a su compañera de reparto (y compañera en la vida real) Angelina Joly: “Tenemos que hacer el doble de sexo, pero, en la mitad de tiempo”. Que lejos queda esa pausa, ese rito de transición, la siesta, que en España, ha formado parte de los ritmos de vida, generación tras generación. Simplemente, ha bastado que colonicemos tal rito de paso por medio de una extensión cada vez mayor de los horarios europeos que comprimen la jornada de trabajo diaria para que la siesta se haya convertido o bien en un lujo o en una reliquia al alcance de muy pocos.

La compresión de tiempo no es algo exclusivo del tiempo de trabajo en todos los sectores, es una tendencia que aflora asimismo en la vida doméstica y en el tiempo libre. La economía de tiempo, el cálculo según necesidades y costes, es una propiedad que conlleva la moderna economía del dinero. El procedimiento, quizás más usado, es el de empacar el mayor número de actividades posibles por unidad de tiempo, o bien a través de la aceleración de las actividades consideradas individualmente o bien a través de la realización simultánea de varias actividades, lo que se ha venido en llamar *multitasking*.<sup>27</sup> Todo este decurso de compresión de actividades se ha visto posibilitado, sin duda alguna, por una intensificación del tiempo de consumo. Todo debe ir más rápido, con lo que en el mismo tiempo más experiencias de consumo devienen posibles. La práctica del *zapping* en la tv y el uso de la videograbadora para confeccionar *collages*, cortando y pegando fragmentos de aquí y de allá configuran esa experiencia intensiva del tiempo en el ámbito cotidiano. De hecho el penúltimo fenómeno

<sup>27</sup> Geissler, Kh. ofrece sugerentes comentarios al respecto en *Alles. Gleichzeitig. Und zwar Sofort*, Freiburg, 2005, pp. 145-158.

de la revolución digital conocido con el nombre de “banda ancha” no es sino la posibilidad real de combinar simultáneamente el uso de la navegación por la red o el visionado de un filme en el ordenador con una conversación telefónica vía ordenador o vía telefónica. Ahora bien, a medida que multiplicamos las opciones y la velocidad, también incrementamos la ansiedad, enfermedad de la sociedad moderna, frente a otras expresiones patológicas como la vergüenza, propia de las sociedades tradicionales precapitalistas, que se producía por el rechazo de la sociedad al cometer una falta, o la culpa, propia de los orígenes del capitalismo, que se produce al interiorizar los reveses en la vida en sentido religioso. La ansiedad,<sup>28</sup> patología psicosocial del capitalismo maduro y tardío, se caracteriza por el temor a perder algo y por la parálisis del alma ante la presión de una realidad social sobrecargada de demandas. Como apunta Peter Gross,<sup>29</sup> habitamos un mundo donde el experimentar sin fin ofrecido por una sociedad de opciones múltiples, con más productos, más posibilidades de ser de una u otra manera, configura ese elenco de preferencias ante el que tenemos que elegir y finalmente comprar. La ansiedad de participar en ese paraíso de opciones despierta el anhelo imparable en pos de MÁS Y MÁS RÁPIDO y la presión hacia la elección se superpone a la presión hacia la selección, como de forma inequívocamente clara lo señala una campaña publicitaria: “Nosotros seleccionamos, usted elige”.

### 3. Continuidad ininterrumpida

Nueva York, “la ciudad que nunca duerme”, es con toda probabilidad una imagen del tiempo en la sociedad moderna, una imagen de la *continuidad ininterrumpida* (arritmia) en donde el modo de vida urbano hace que la noche<sup>30</sup> se convierta en una prolongación natural del día. Primero el hombre colonizó el espacio, algo más tardíamente, ese *nobody’s time* que era la noche, un periodo muerto, en donde el tiempo no era dinero, se ha convertido en una parte del tiempo que cuenta, al hacer que el tiempo cuente, ¿cómo se ha

<sup>28</sup> Ver al respecto el trabajo de Riesman D., *La muchedumbre solitaria*, Buenos Aires, 1964, p. 35 y ss.

<sup>29</sup> Gross, P., *Ich-Jagd*, Frankfurt, 1999, p. 61 y ss.

<sup>30</sup> Ver al respecto el extraordinario trabajo de Murray Melbin, *Night as Frontier. Colonizing the World After Dark*, Nueva York, 1987.

conseguido esto que algunos han llamado *Non-Stop-Society*<sup>31</sup> y otros *Runaway World?*<sup>32</sup> Permítanme usar otra metáfora del tiempo, esta vez considerando que es un *container* y que lo estamos rellenoando de forma distinta. Estamos poniendo en él 24 horas más despiertas, menos somnolientas. Recordando un cierto estilo del narrador yhavista anónimo del *Génesis*, podemos decir que antes de entrar nosotros en escena, en el momento del nacimiento del planeta tierra, los rayos del sol iluminaban la mitad de su superficie y la otra mitad permanecía en la sombra. A la sombra la llamamos noche. Algunas veces adscribimos a ella una atmósfera de vacío, de peligro, de incertidumbre. La noche es tierna, sin descanso, oculta, espesa, blanda, desnuda, magnética, el lado oscuro del alma, profunda, un bosque solitario, un jardín desierto, pero, la naturaleza de la noche es la ausencia de la luz, señalada por el ocaso del sol y por el amanecer. La noche es físicamente lo mismo que cualquier otro tiempo, excepto que está oscuro. ¿Cuándo y cómo decidimos actuar por la noche? Lo hicimos hace tiempo y lo logramos ganando el control sobre la luz. Cuando nuestros antepasados domeñaron cierto material combustible, se marcó el primer paso hacia una iluminación humanamente controlada. Así podrían estar activos durante la noche. Permanecer despiertos más tiempo e improvisar métodos de alumbrado fueron procesos simultáneos, a partir de entonces. Algunas veces un nuevo desarrollo en la mecánica del alumbrado arrojó luz antes de que ellos buscaran usarlo en la oscuridad, otras veces estar despiertos durante la noche les hizo conscientes de la necesidad de que necesitaban más luz. Primero se apoyaron en el fuego y en el resplandor de los rescoldos, después intentaron quemar grasa y aceite para hacer las lámparas más brillantes y seguras. Todo intento para extender el día activo les llevó a improvisar artefactos incandescentes y cada paso dado en el dominio de la iluminación lo dedujeron del tiempo destinado a dormir y descansar, de hecho, el tiempo medio dedicado a dormir se ha reducido en dos horas desde el siglo XIX y en 30 minutos desde la década de 1970.<sup>33</sup> Como decía uno de los caracteres en

<sup>31</sup> Ver el reciente trabajo de Geissler K. A., *Alles. Gleichzeitig. Und zwar Sofort*, Freiburg, 2005, p. 89 y ss.

<sup>32</sup> Giddens, A., *Runaway World*, Londres, 1999. (Hay traducción española: *Un mundo desbocado*, Barcelona, 2000).

<sup>33</sup> Garhammer, M., *Wie Europäer ihre Zeit nutzen*, Berlín, 2001, p. 378.

*Cien Años de Soledad* de Gabriel García Márquez: “Si no volvemos a dormir, mejor. Es la forma de sacarle más partido a la vida”,<sup>34</sup> aunque las consecuencias reales no deseadas sean la taquicardia, la hipertensión y los problemas con el ritmo del sueño, por citar sólo algunos efectos colaterales no deseados. La moderna *Non-Stop-Society* encuentra dificultades en las pausas, en los “tiempos muertos”, su continuidad ininterrumpida se desacopla del tiempo social de los ritmos tradicionales, es como si el tiempo lineal del capitalismo hubiese doblegado la regularidad circular cíclica de la tradición. El tiempo de la fábrica, el tiempo del hospital, el tiempo del aeropuerto, el tiempo del hotel, el tiempo del metro, el tiempo de la ambulancia, y la correspondiente nivelación del día y de la noche a través del trabajo en relevos representan esa vanguardia de una continuidad ininterrumpida del tiempo. Coextensivamente, la conexión global de los mercados supone una reorganización del espacio y del tiempo, ella permite sentar las bases para una actividad continuada en los medios, en los mercados financieros y en la política. No obstante, a pesar de la “colonización de la noche” por el tiempo lineal siguen existiendo ritmos diversos, como detalla Georg Simmel en *Filosofía del dinero*,<sup>35</sup> al lado del ritmo cíclico de desayuno, comida y cena –aspectos introducidos por el hombre como procesos de racionalización, ya que un cazador o un recolector del Neolítico comían cuando podían, no con arreglo a esa secuencia culturalmente estandarizada de tres comidas- está el tiempo lineal que rompe las fronteras temporales del día y de la noche. Dentro de la sociedad moderna al lado del ritmo pautado y pausado (con pausas) de la comida del pueblo “sencillo” se encuentran unas ciertas desregulaciones temporales –en relación al ritmo social más o menos estandarizado– presentes en las prácticas sociales de los estratos sociales más acomodados, los estudiantes, las profesiones liberales, etc., que están condicionadas por la posición social, por la profesión, por su posición en ese mismo mundo y por su forma de ver tal mundo, en definitiva, por el *habitus* (Bourdieu), mostrando unas pautas mucho más flexibles y menos dependientes de los estrictos requerimientos del mercado de trabajo.

<sup>34</sup> Citado por Murray Melbin en la obra ya mencionada. *Night as Frontier. Colonizing the World After Dark*, Nueva York, 1987, p. 135.

<sup>35</sup> Simmel, G., *Filosofía del dinero*, Madrid, 1977, p. 620 y ss.

## 4. Des-regulación

El régimen temporal industrial representa la base lógica e histórica de lo que consideramos tiempo normal de trabajo.<sup>36</sup> Las actividades sociales se estructuran con arreglo al ordenamiento industrial del tiempo. Están estandarizadas de tal manera que el decurso diario de las actividades de millones de individuos es simultáneo en su comienzo como en su fin. Están reguladas de tal manera que el fin de semana es un tiempo libre reconocido por los empresarios y por los trabajadores. Están sincronizadas de tal manera que las familias de los trabajadores pueden contar con el tiempo libre del fin de semana. Sin embargo, en la década de los noventa todo este conjunto de funciones sociales se ponen a disposición de un nuevo ritmo temporal que se ha venido en llamar: *desregulación*.<sup>37</sup> Es en la función de las instituciones del tiempo social que despliega la sociedad industrial, en sus regulaciones jurídico-administrativas, reconocidas y garantizadas por el Estado, donde se cifra, a juicio de Durkheim, Elias y Weber, su éxito civilizatorio. Este supera la inseguridad de las formas de vida tradicionales a través de nuevas reglas de carácter vinculante y de la fiabilidad de estas. El conflicto social es regulado por una redistribución del tiempo, disminuyendo el tiempo de trabajo y aumento del tiempo libre. Es en ese marco donde aparecen los días de fiesta, el fin de semana, las vacaciones anuales y los tiempos de pausa en el trabajo. Estas instituciones del tiempo producen un ritmo social común para toda la sociedad. El “régimen de producción flexible”<sup>38</sup> postfordista reblandece la producción de masas regulada y estandarizada de la sociedad industrial. El nuevo régimen de coordinación de las actividades de producción y circulación, con arreglo al método *just-in-time*, pone en cuestión, *des-institucionaliza*, en el lenguaje de Arnold Gehlen, el esquema de sincronización de actividades que estableció el sistema industrial, aunque esta disfunción latente del sistema industrial siempre ha estado ahí desde sus orígenes. En comparación con este “proceso de civilización” que llevan a cabo las instituciones temporales de la sociedad industrial, la desregulación supone una

<sup>36</sup> Glennie, P., N. Thrift, “Reworking E. P. Thompson’s Time, Work Discipline and Industrial Capitalism” en *Time and Society*, 1996, pp. 5, 3, 275-300.

<sup>37</sup> Ver al respecto el importante trabajo de Luis Enrique Alonso: *La crisis de la ciudadanía laboral*, Barcelona, 2007, especialmente los capítulos 2 y 6.

<sup>38</sup> Carnoy, M., *El trabajo flexible en la era de la información*, Madrid, 2001.



caída en una “forma de vida situacional”<sup>39</sup> que entrega a los trabajadores a las contingencias del mercado de trabajo. Cuanto más descentralizada e individualizada es la decisión colectiva originaria sobre los marcos temporales, menos posible se hace la existencia de un contrapoder, creciendo de esta guisa tanto el desempleo como la globalización del mercado de trabajo. Una buena parte de esos dos tercios de asalariados en activo, amantes de unos ciertos “valores conservadores”, que consideran la “seguridad” y la “estabilidad” del puesto de trabajo tal y como los definía la sociedad industrial como valores altamente apreciados, cantan una “alabanza de la rigidez”<sup>40</sup> industrial y experimentan como un revés la dinámica de desregulación de las instituciones del tiempo que propaga la “economía moderna”, aunque por otra parte otro buen número de esos mismos asalariados, junto a amplios sectores de la nueva clase media, han oscilado de unos valores materialistas, como los mencionados, hacia unos valores posmaterialistas,<sup>41</sup> que defienden el medio ambiente, la calidad de vida y las identidades colectivas en peligro. Con el lenguaje de fondo de Ulrich Beck<sup>42</sup> podemos decir que los conflictos distribucionales sobre los “*bienes*” (propiedades, ingresos, trabajos) que caracterizaron a la sociedad industrial han dado paso a los conflictos distribucionales sobre los “*males*” (riesgos de la tecnología nuclear, investigación genética, amenazas al medio ambiente, terrorismo global).

Con la aparición de nuevas formas de producción que ya no están ancladas en lo local, en el lugar, como ocurría en la sociedad industrial clásica, sino que dependen de la dinámica de globalización y

<sup>39</sup> Kohli, M., “Lebenslauf und Lebensalter als gesellschaftlicher Konstruktionen” en G. Elwert, M. Kohli y H. K. Müller (editores), *Im Lauf der Zeit*, Saarbrücken, 1990, p. 28 y s.

<sup>40</sup> Elchardus, M., “In Praise of Rigidity. On Temporal and Cultural Flexibility”, *Social Science Information*, 33, 1994, pp. 459-477.

<sup>41</sup> Inglehart, R., *Modernization and Postmodernization*, Princeton, NJ, 1997, p. 35. No olvidemos, apunta Inglehart, que el término “posmaterialista” denota un conjunto de valores que la gente selecciona después de que ya ha sido alcanzada la seguridad material y porque ellos han alcanzado tal seguridad. Si se produce un declive inmediatamente volverían a las prioridades materialistas. La emergencia del posmaterialismo no refleja una inversión de las polaridades sino un cambio de prioridades, no dan un valor negativo a la seguridad económica y física, más bien la valoran positivamente, como cualquier otro individuo, pero conceden una prioridad más alta a la auto-expresión y a la calidad de vida.

<sup>42</sup> Beck, U., *Risikogesellschaft*, Frankfurt, 1986.

los ya mencionados *global players*, es decir, de la des-localización, se produce una pérdida de las seguridades y rutinas que afectan al mundo de la vida<sup>43</sup> y una ruptura de las instituciones temporales que regían los ritmos de vida. En el nuevo horizonte de contingencia cada vez mayor del trabajador se hallan redefinidos tanto el concepto de profesión como el de puesto de trabajo. Si bien en la sociedad industrial, el desempleo afectaba fundamentalmente a los sectores con formación más escasa, ahora se manifiesta “por abajo” y “por arriba”, afectando también a los titulados universitarios. Dos fenómenos paradójicos se manifiestan a partir de esta nueva situación: por una parte, el modo de vida de los asalariados es regulado, casi de forma universal, a través de instituciones públicas, donde una parte importante del cronograma de actividades es regulado externamente como *tiempo público*. Las situaciones vitales son estandarizadas a través del Estado Social, siendo normativizada la totalidad del modo de vida. De hecho, “los individuos liberados (de la tutela de modos de vida tradicionales) se convierten en dependientes del mercado de trabajo y con ello también en dependientes de una formación escolar, en dependientes del consumo, de las regulaciones y providencias típicas del Estado social, de las planificaciones del tráfico, de las ofertas de consumo, de las posibilidades y modas de la atención médica, psicológica y pedagógica”.<sup>44</sup> Por otra parte, es algo característico del estadio de modernización actual, donde aparece la imagen directriz de la desregulación, que las tareas relativas al cuidado del yo y a la conformación del tiempo libre sean definidas como *tareas privadas*. Así sucede, por ejemplo, con la “tercera edad” que económicamente se ha convertido en el “cuarto sector” después de la agricultura, la industria y los servicios, debido a las altas esperanzas de vida de la población en las sociedades desarrolladas. También sucede algo parecido en la práctica del deporte con el *mushrooming* de *Fitnessstudios* a lo largo y ancho de las grandes ciudades. Esto pone de manifiesto un cambio de valores que conduce hacia una cierta *soberanía del tiempo*<sup>45</sup> del ciudadano, del trabajador, del consumidor, del buscador de tiempo libre, de espacios de ocio, insertos todos ellos dentro de procesos de individualización dentro

<sup>43</sup> Voss, G.G., *Lebensführung als Arbeit. Über die Autonomie der Person im Alltag der Gesellschaft*, Stuttgart, 1991, p. 364 y ss.

<sup>44</sup> Beck, U., *op. cit.*, p. 219.

<sup>45</sup> Garhammer, M., *Wie Europäer ihre Zeit nutzen*, Berlín, 2001, pp. 477.

de los que uno debe decidir y elegir. Bien caiga el cuidado de uno mismo sobre las propias espaldas o sea organizado por instituciones públicas, en ambos casos existe una nueva cualidad en la conformación del tiempo: la transición del “cuidado externo” al “cuidado autogestionado” conlleva nuevas conexiones temporales y también una cierta ganancia de espacios donde se puede jugar con el tiempo.

## 5. De-sincronización

Cuando las desviaciones del tiempo normal de trabajo se convierten en algo estándar, cuando los transcursores vitales raramente están organizados con arreglo a un modelo unitario, como ocurría en el modelo del tiempo normal de trabajo propio de la sociedad industrial, cuando los desarrollos técnicos en el ámbito de la comunicación crean una sobre-simultaneidad de lo no simultáneo, cuando el tiempo social es desregulado en distintos ámbitos, entonces, estamos siendo testigos, a juicio de John Urry, de un fenómeno temporal llamado *de-sincronización*.<sup>46</sup> Urry dibuja dos escenarios posibles de desarrollo a los que hacemos frente. Primero. Según la posición de los “postmodernos”, el hasta ahora tiempo normal de trabajo (que tiene su punto álgido en la sociedad industrial), equipado de una organización estructurada y regulada del tiempo, se disuelve en “modos flexibles” donde los deseos privados (individuales) de usar el tiempo para esta o aquella actividad reciben una importancia predominante en la determinación de las nuevas estructuras temporales que configuran los ritmos sociales. Tomando de forma un tanto exagerada este deseo postmoderno y apropiándose *su* soberanía del tiempo, el individuo ávido de configurar su propio ritmo de vida (*do it by yourself*) quiere poder hacer todo *según su* tiempo, así no habría limitaciones para trabajar por la noche y el fin de semana sino un desarrollo de la auto-determinación del propio tiempo. Lo que hasta ahora determinaban las mujeres dentro de la familia, como *managers* del tiempo, con la redistribución del cronograma de actividades más centrada en la esfera privada, se ha convertido en una competencia social universal. Segundo. Frente a la posición anterior, los cambios exigidos en el modo de vida y en

<sup>46</sup> Urry, J., “Time, Leisure and Social Identity”, en *Time and Society*, 1994, pp. 131-151.

el correspondiente ritmo de vida no son deseados por todos ni están exentos de problemas. Se experimentan dificultades, por ejemplo, en la oferta de determinados servicios públicos minorizados –servicios públicos en zonas conflictivas o pobres, los famosos y ya mencionados *nobody's land*–, ofrecidos por la libre competencia. El cuestionamiento de algunas seguridades que las instituciones temporales ya habían fundado no puede ser practicado inmediatamente por los actores, ya que su mundo de la vida permanece anclado en los modelos “tradicionales” del ritmo de la semana, de los que resulta difícil independizarse, cuando las alternativas no son claras o son peores que el “viejo” modelo industrial. Se procede a concentrar actividades propias del tiempo de trabajo normal en el ámbito de la familia y en el ámbito comunitario recolonizando el fin de semana con trabajos del resto de la semana, reduciéndose así las posibilidades de determinar libremente el tiempo nuevo a nuestra disposición,<sup>47</sup> teniendo en cuenta que consideramos que el fin de semana es ese tiempo “extraordinario” frente al tiempo “ordinario” del resto de la semana, en los términos de Durkheim, en el que la experiencia del tiempo adquiere una cualidad, un poso, una densidad distinta, es el tiempo de disfrutar de la vida (frente al mero vivir de los otros cinco días “ordinarios”): de la comida, del amor, de los *hobbys*. El desarrollo a-sincronizado entre la disolución de las estructuras temporales que garantizaban un ritmo temporal unificado y las orientaciones temporales ancladas culturalmente en el mundo de la vida conduce a una desincronización del tiempo social, a una simultaneidad de los no simultáneos, en este caso el sistema político-administrativo y el económico con sus demandas *arrítmicas* aceleradoras y desreguladoras y, por otra parte, la integración cultural anclada en los mundos de la vida con una orientación más propensa a la “lentitud” *rítmica*,<sup>48</sup> acompasada, y a la rutina. En ese límite cambiante donde chocan temporalidades con ritmos y demandas distintos es donde actualmente nos hallamos.

<sup>47</sup> Ver el interesante trabajo de Bericat E., “El trabajador de fin de semana en la sociedad de ocio”, *Revista Internacional de Sociología*, 38, 2004.

<sup>48</sup> Ver las interesantes consideraciones de Geissler Kh., “Die Produktivität unproduktiver Zeitformen” en Backhaus y Bonus (Editores), *Die Beschleunigungsfalle oder der Triumph der Schilkröte*, Stuttgart, 1998, pp. 225-238.

## 6. Individualización

La *individualización* como concepto teórico caracteriza un cambio en la relación del individuo y de la sociedad que tienden a su progresiva diferenciación<sup>49</sup> o autonomización mutua. Ya lo apuntaba Durkheim, al considerar que cuando la conciencia colectiva es fuerte, la conciencia individual es débil y a medida que se reblandece e indetermina<sup>50</sup> la conciencia colectiva, se desencadena un proceso incipiente de fortalecimiento de la individualización. Esto está vinculado a la tesis del “cruce de círculos sociales”<sup>51</sup> de Simmel que analiza el factor del desarrollo del tiempo libre urbano. Frente al individuo que se sitúa en las sociedades tradicionales, dentro de los sólidos y estrechos círculos concéntricos –la familia y la comunidad– que le dan seguridad, pero que también limitan rígidamente su individualidad, el individuo de las sociedades pos-tradicionales crea su propio espacio de actuación en esos “pedazos” de socialidad itinerante procedentes del cruce de los círculos sociales. Esto se puede observar cuando la conexión originaria del grupo familiar es modificada porque la individualidad de cada uno de sus miembros interesa en otros círculos distintos.<sup>52</sup> El número y la diferencialidad de roles crecen. Entonces aparece no como individuo sino como miembro de una “pluralidad de círculos”<sup>53</sup> –ciudadano, trabajador, oficial de reserva, miembro de la iglesia católica, miembro de la Gran Logia Masónica. Habiéndose desarrollado en un círculo (concéntrico) sólo, pasa a situarse en la intersección de muchos.<sup>54</sup>

<sup>49</sup> Ver al respecto los trabajos de Beck U., *Risikogesellschaft*, Frankfurt, 1986, p. 113 y ss, y del mismo autor y E. Beck-Gersheim, *Individualization. Institutionalized Individualism and its Social and Political Consequences*, Londres, 2001, donde ambos autores analizan los ambivalentes perfiles de un proceso social omnipresente en las sociedades modernas.

<sup>50</sup> En *La división del trabajo social*, Cap. III: Indeterminación progresiva de la conciencia colectiva, Madrid, 1982, pp. 333-357.

<sup>51</sup> Simmel, G., *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, vol. 2, Madrid, pp. 425-477.

<sup>52</sup> Simmel, G., *op. cit.*, p. 432. Sirva a título de mención, incluso dentro de la propia familia en la que ya surge una cierta diferenciación de actitudes, este jugoso ejemplo planteado por Simmel: “cuando, por ejemplo, la madre del marido interviene en una diferencia conyugal, sus instintos –en cuanto actúan, por decirlo así, *a priori*, y prescindiendo de todas las particularidades individuales del caso– se inclinarán, unas veces al hijo, en virtud de los lazos de sangre, y otras veces a la nuera, como compañera sexual” (p. 430).

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 435.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 437.

Hay una enorme diferencia entre la forma concéntrica y la forma que consiste en que alguien, por ejemplo, además de su posición profesional, pertenezca a una sociedad científica, sea consejero de una sociedad por acciones y tenga un cargo municipal. Cuanto menos relación tenga la pertenencia a un círculo con la pertenencia a otro, tanto más característico será para la determinación de la personalidad el hallarse en la intersección de ambos. Evidentemente, esto incrementa la probabilidad de que el propio individuo pueda, a través de las combinaciones individuales que él establezca, diferenciarse de otros individuos con los que comparte pertenencia en el círculo concéntrico. *“La posibilidad de la individualización crece indefinidamente por el hecho de que la misma persona pueda ocupar situaciones completamente distintas en los diversos círculos de que forma parte al mismo tiempo”*.<sup>55</sup>

Casi podemos decirlo como axiomático: las culturas que favorecen la individualización se mueven más rápido que aquellas que dependen de un círculo concéntrico dominante. Simmel describe cómo la moda<sup>56</sup> es un instrumento que permite combinar mimetismo y distinción: por una parte, representa un mimetismo general de lo socialmente aceptado, descargándose de cualquier responsabilidad por sus gustos y actividades, puesto que la imitación libera al individuo de la aflicción de tener que elegir y, por otra parte, introduce la posibilidad de diferenciarse a través del gusto individual del resto. Esto se pone de manifiesto en la multiplicación de estilos de vida que proyectan visiones distintas sobre el deporte, la música, la literatura o el cine. La aventura,<sup>57</sup> como estilo de vida, representa también, a juicio de Simmel, un buen ejemplo de ese individuo que vive el presente, independiente del antes y del después. El estar al margen del tiempo normal, propio de la aventura, asumido por quien percibe en el conjunto de la vida real el latido de una secreta e intemporal existencia del alma, percibirá también la vida como una aventura. Cuando se entiende que en la tierra hallamos sólo un hospedaje fugaz y no un hogar, nos encontramos evidentemente ante un matiz peculiar del sentimiento general de que la vida en su conjunto es una aventura. El escepticismo del espíritu aventurero, que “no cree en nada”, aquel para quien lo improbable deviene probable y, en forma correlativa, para quien lo probable será altamente

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 445. Énfasis añadido mío.

<sup>56</sup> Ver G. Simmel, “La moda” en *La aventura*, Barcelona, 1988, pp. 26-54.

<sup>57</sup> *Ibid.*, “La aventura”, pp. 11-26.

improbable, tiene una gran afinidad con el umbral de contingencia y de cambio de las sociedades modernas. Rescatando el espíritu simmeliano y dándole un marcado tono reivindicativo, Ulrich Beck apunta que: “El personaje central de nuestro tiempo es el ser humano capaz de escoger, decidir y crear, que aspira a ser autor de su propia vida, creador de una identidad individual”,<sup>58</sup> que solo puede surgir precisamente dentro de una sociedad diferenciada donde existe un obligado “cruce de círculos sociales”, en donde nuestra guía ya no es el imperativo del grupo concéntrico –familia y/o comunidad- sino el “imperativo herético”.<sup>59</sup> La palabra *herejía* tiene su raíz en el verbo griego *hairein* que significa *elegir*. Para el hombre premoderno la herejía es una posibilidad, más bien remota; “para el hombre moderno, la herejía deviene típicamente una necesidad... La modernidad crea una nueva situación en la que elegir deviene un imperativo”.<sup>60</sup> La modernidad, en este sentido, significa una universalización de la herejía, de la capacidad de elegir, mientras antes Dios elegía a su pueblo, ahora somos nosotros los que elegimos a nuestros dioses, en medio de una cosmovisión politeísta y pluralista. La “auto-determinación”<sup>61</sup> que caracteriza al individuo en la modernidad refiere, indefectiblemente, a una diferenciación de los otros y se ancla en la *esfera privada*, por tanto, será el *tiempo libre privado* y no el tiempo público esa institución social que da horizonte de posibilidades y valor al proceso de individualización. Nunca como ahora se había logrado esa auto-determinación sobre el tiempo libre. La pertenencia a organizaciones (como los sindicatos) y a formas comunitarias institucionales como las iglesias establecidas experimenta un cierto retroceso<sup>62</sup> en Europa occidental, entre otras cosas debido a que las citas de encuentro en común fijadas para el fin de semana chocan con otros trabajos desplazados, también al fin de semana, y con la necesidad de disponer de tiempo libre. El

<sup>58</sup> Beck, U., “Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individualización, globalización y política” en A. Giddens, A. y W. Hutton (editores), *En el límite*, Barcelona, 2001, p. 234.

<sup>59</sup> Tomo esta idea de Berger P. L., *The Heretical Imperative*, Nueva York, 1980.

<sup>60</sup> Berger, P. L., *op. cit.*, p. 25.

<sup>61</sup> Tugendhat Ernst, ha desarrollado este concepto a partir de las reflexiones previas de Wittgenstein, Heidegger y Mead en *Selfconsciousness and Selfdetermination*, Cambridge, Mass., 1986.

<sup>62</sup> Garhammer Manfred, detalla en *Wie die Europäer ihre Zeit nutzen*, Berlín, 2001, p. 411 y ss., estas nuevas tendencias hacia la individualización.

cambio de trabajo y la consiguiente movilidad geográfica del trabajador, algo habitual hoy día, dificulta la creación de relaciones privadas entre compañeros de trabajo así como con desconocidos. El *manejo privado del tiempo* se ha convertido en una necesidad y una responsabilidad personales, al estar abierta la posibilidad de crear cronogramas de tiempo libre por uno mismo, independientemente de las franjas del tiempo de trabajo. Cuanto más fuerte es la diferenciación dentro de los ámbitos macro y mesosociales de los sistemas funcionales –fábricas, burocracia, corporaciones– con sus correspondientes procesos temporales, más necesario se hace para los actores coordinar los microámbitos más pegados al mundo de la vida. Esto cuesta tiempo debido a la multiplicación de los trabajos flexibles que condicionan el que las rejillas de tiempo libre sean enormemente contexto-situacionales. Lo que se gana en aceleración des-reguladora, arrítmica, de los sistemas expertos se pierde en esa “lentitud” improductiva, rítmica, de los mundos de la vida de las personas. En este manejo de los tiempos privados se observa, en la lógica de la oferta privada de algunos sectores como los establecimientos de comida rápida, un desplazamiento de partes de los procesos intensivos de trabajo hacia los consumidores. George Ritzer ha caracterizado este proceso como *Mcdonaldization*,<sup>63</sup> según el cual las organizaciones desplazan una parte del servicio como autoservicio realizado por los propios clientes (*do it by yourself*). Por ejemplo, en el *saladbar* de estos restaurantes de comida rápida, uno configura su propia ensalada, sin preguntar a nadie, de tal manera que uno produce su propio gusto a través del autoservicio basado en el principio de ensayo y error, lo que por una parte supone una ganancia en la soberanía de tiempo, pero una pérdida en el consejo, la atención y el cuidado por parte de los ofertantes.

## 7. Conciencia fatalista de tipo nihilista

La idea del progreso individual y social y la conformación de tales progresos a través de la intervención directa de la mano del hombre ha sido algo constitutivo de la conciencia del tiempo de carácter

<sup>63</sup> Ver su trabajo: *The Mcdonaldization of Society*, Londres, 1996, p. 41 y ss.

<sup>64</sup> Ver sobre esta idea el trabajo de Holst E., J. Rinderspacher, J. Schüpp, *Erwartungen an die Zukunft*, Frankfurt, 1994.



lineal, la colonización del futuro, haciéndolo futuro-presente es algo que forma parte de esa narrativa del progreso.<sup>64</sup> Pero, junto a esta idea subsiste una *conciencia fatalista de tipo nihilista* hacia la propia vida basada en la creencia de que poderes externos a él controlan su vida. Existe la convicción entre una buena parte de los ocupados precariamente de que el futuro no lo construyen ellos sino que les viene dado. Uno de cada cuatro ocupados en empleos precarios en Alemania duda de que pueda realizar sus planes en la vida.<sup>65</sup> Entre 1993 y 1996, esta tendencia se incrementó el doble, del 14% pasa al 32%. En los primeros años de la reunificación alemana, es decir, los primeros años de la década de los noventa, se observa una ampliación de la conciencia fatalista del tiempo, basada en las siguientes premisas: “En mi vida no hay propiamente ya nada nuevo que esperar. *Las cosas ocurren sin que yo pueda hacer nada por evitarlo*”.<sup>66</sup> En España, entre 1993 y 1996, periodo de recesión económica y fuerte destrucción de empleo, posterior a la incorporación a la UE y previo a la introducción del euro, el desempleo<sup>67</sup> aparece para una importante parte de la población como un camino sin salida, no existe confianza en que el futuro cambie la situación, acentuándose una conciencia presentista fatalista: el 51% de los que tienen una profesión en 1996 se “orienta hacia el presente” (mientras que en 1993, el porcentaje era del 46%), siendo en 1996, un 9% los que “viven” predominantemente en el pasado. La renuncia a planificar el propio futuro es la reacción subjetiva a la congelación de un horizonte de expectativas sobre el que se proyecta la incertidumbre. Esta situación la detalla muy bien Durkheim en sus estudios de la anomia,<sup>68</sup> derivada de las crisis industriales y comerciales, de la des-estructuración del tejido normativo y también de la pérdida de sentido de las estructuras temporales que procuran el mantenimiento del ritmo social. Merton, continuando con la hipótesis durkheimiana, en su famosa tipología del comportamiento anómico, introduce el tipo “retraído”:

<sup>65</sup> Garhammer M. proporciona estos datos a partir de datos a nivel europeo. Ver *Wie die Europäer ihre Zeit nutzen*, Berlín, 2001, p. 482.

<sup>66</sup> Häder, M., “Linear, Zyklisch oder Ocasional? Ein Indikator zur Ermittlung der Individuell präferierten Form des Zeitbewusstseins”, *ZUMA-Nachrichten*, 39, 1996, p. 21.

<sup>67</sup> El *Informe Sociológico Foessa*, vol. 2, Madrid, 1994, 1280, muestra tasas de desempleo encima del 15% de la población activa.

<sup>68</sup> Durkheim, E., *La división del trabajo social*, Madrid, 1982, p. 416 y ss.

El derrotismo, el quietismo y la resignación se manifiestan en mecanismos de escape que en última instancia los llevan a “escapar” de las exigencias de la sociedad. Esto es, pues, un expediente que nace del fracaso continuado para acercarse a la meta por procedimientos legítimos, y de la incapacidad para usar el camino ilegítimo a causa de las prohibiciones interiorizadas; y este proceso tiene lugar mientras no se renuncia al valor supremo de la meta-éxito. El conflicto se resuelve abandonando ambos elementos precipitantes: las metas y los medios.<sup>69</sup>

Los individuos que se adaptan (o maladaptan) de esta manera, estrictamente hablando, *están* en la sociedad, pero *no son* de ella. Para Merton el arquetipo cinematográfico que mejor representa a este tipo social es el vagabundo Charlie Chaplin, pero no es el único, King Vidor lleva esta problemática al cine en 1928 en su magnífica obra: *Crowd*, y Fernando León de Aranoa nos lo ha recordado recientemente en su laureado filme de 2002: *Los lunes al sol*.

## 8. Economía y política de reducción de tiempo

Las tendencias temporales descritas hasta ahora no afectan a todos en igual medida. De hecho, el mapa de transformaciones que estamos describiendo no hace sino poner de manifiesto la diferencialidad de las consecuencias sociales en distintos grupos sociales. Si tomamos como ejemplo la individualización de los usos del tiempo, se derivan efectos ambivalentes,<sup>70</sup> lo que para unos, *the winners*, supone una apertura de espacios donde jugar con el tiempo, sin embargo, dinámicas como economizar y privatizar el tiempo, se convierten en una reducción de las posibilidades de mejora para otros, *the losers*. *Inclusión y exclusión sociales* son las dos caras, los dos efectos, de una *economía y política de reducción del tiempo*. Al lado de recursos como la educación o los ingresos, la disponibilidad de espacios para jugar con el tiempo se convierte en un importante recurso para la acción. En este espacio de juego,

<sup>69</sup> R. K. Merton, *Teoría y estructura sociales*, México, 1978, p. 233.

<sup>70</sup> Voss, G.G., *Lebensführung als Arbeit*, Stuttgart, 1991, p. 370.

<sup>71</sup> Ver la interesante discusión de Levine Robert A., sobre los juegos de hacer esperar y el poder en su ya citado *A Geography of Time*, Nueva York, 1997, pp. 101-126.

quien tiene poder sobre su propio tiempo y sobre el tiempo de los demás, no tiene que esperar,<sup>71</sup> puede movilizar sus contactos sociales y decidir sobre la situación de su tiempo de trabajo y su tiempo libre. Hay una relación asimétrica de convertibilidad entre el tiempo y el dinero: si uno tiene mucho dinero, entonces puede comprar tiempo, mientras que mucho tiempo libre no proporciona automáticamente la opción de comprar bienes y servicios que en cualquier caso tienen que ser pagados con dinero.<sup>72</sup> La división diferencial de la soberanía del tiempo, de la necesidad del tiempo y de la ganancia del tiempo, conlleva una *nueva desigualdad social* que se superpone a la vieja distinción directriz entre pobres y ricos, porque no olvidemos, como decía Virilio, que las mayores velocidades siempre han estado asociadas a los estratos ricos de la sociedad, mientras que las velocidades más bajas a los estratos más bajos. La pirámide de riqueza es una réplica de la pirámide de velocidad.<sup>73</sup> Riqueza y velocidad, no olvidemos que riqueza y rapidez son eso que maravilla y mueve el mundo, tienen un efecto colateral: la exclusión. Una parte creciente de la población activa experimenta la obligación del tiempo libre como desempleado o como jubilado anticipadamente. Con la disolución de las relaciones de trabajo estandarizadas se fragmenta aquella homogeneidad de la sociedad de trabajadores especializados que alumbró el gran pacto de suma positiva para todos, como pacto social de posguerra a mediados del siglo pasado. En la estela de la globalización (deslocalización) actual del trabajo, como consecuencia de procesos imparables de desregulación, subyace asimismo una fragmentación del disfrute del bienestar social en el sentido de que se produce una importante divisoria entre los ganadores y los perdedores de tal proceso:

- ♦ Los trabajadores fijos, los mejor cualificados y los mejor pagados, deben proteger su posición material a través de una extensión del tiempo de trabajo de más de ocho horas de trabajo al día, por tanto, ellos y sus familias pierden “pedazos” de bienestar de tiempo (tiempo libre pagado).
- ♦ Los medianamente cualificados y precariamente ocupados, que tienen trabajos limitados, son perjudicados en la

<sup>72</sup> Offe, Cl., “Time, Money, and the Welfare-State Capitalism” en J. Keane, (editor), *Civil Society and the State*, Londres, 1988, p. 233.

<sup>73</sup> Virilio, Paul, *Speed and Politics: An Essay on Dromology*, Nueva York, (1977), 1986.

percepción del bienestar material así como del bienestar de tiempo (tiempo libre pagado).

- ♦ Aquellos inmigrantes y los parados de larga duración, que vagan de un lugar a otro, y que están más allá de los mercados nacionales de trabajo, son excluidos de cualquier tipo de bienestar y viven en los márgenes de la sociedad.

Ahorrar tiempo significa para unos satisfacer un deseo en el variado mercado de tiempo libre, socialmente disponible, sin embargo, para otros significa acudir a la oferta pública y hacer cola. El ahorro de tiempo significa algo más que la pura comercialización del tiempo libre. Cuando la disposición sobre el dinero en cierta medida puede ser sustituida por la disposición de tiempo, entonces la creciente necesidad de tiempo se divide de forma socialmente desigual. La calidad de los servicios del mercado y con ello la sustituibilidad del propio trabajo doméstico depende en muchos casos del precio: “*For top dollars, almost anything is available*”<sup>74</sup>. Quien dispone de unos ingresos suficientes, puede a menudo reducir obligatoriamente sus periodos de espera, como paciente en la consulta privada del médico, como cliente de confianza de establecimientos especializados en relaciones personales intensivas, como socio visitante de instalaciones deportivas privadas, como usuario de las autopistas de pago (de hecho en la autopista 394 de Minneapolis, quien pueda pagar 75 dólares al mes puede usar los carriles destinados a los autobuses).<sup>75</sup> En todos estos casos la pregunta por ahorro de tiempo de espera se responde con poder adquisitivo, ingresos. La desigualdad de poder y de ingresos agudiza la disponibilidad desigual sobre el tiempo. Aunque puede ocurrir también el caso contrario: que por el hecho de tener poder adquisitivo no se libere de tiempo de trabajo. A veces, quien más gana, tiene más posibilidades materiales para configurar su tiempo y precisamente por eso decide colonizar tiempo libre con tiempo de trabajo. En las encuestas de tiempo libre que comenta Manfred Garhammer a nivel europeo, en todas las naciones, las personas que representan el cuartil superior de ingresos trabajan 23 minutos más que aquellas que se sitúan en el cuartil más bajo. Estos son los

<sup>74</sup> Schor, Juliet B., *The Overworked American. The Unexpected Decline of Leisure*, Nueva York, 1991, p. 104.

<sup>75</sup> Citado por Manfred Garhammer: *Wie Europäer ihre Zeit nutzen*, Berlín, 2001, p. 486.

llamados *workaholics*, sobre todo los directivos de corporaciones, corredores de bolsa y propietarios de negocios. Así lo expresa James Gleick: *They are “workaholics”, or those “for whom money is everything”, and they “sell their souls to the highest-paying jobs they can find”. Then again, maybe they are making a free and deliberate choice.*<sup>76</sup>

<sup>76</sup> Gleick, J., *Faster*, Nueva York, 1999, p. 160.